

Mahmoud Abbas



© UN Photo/Eskinder Debebe

Palestina

Actualización: 19 septiembre 2016

Presidente del (autoproclamado) Estado de Palestina (2005-), de la Autoridad Nacional Palestina (2005-2013) y de la OLP (2004-); primer ministro (2003)

Mahmoud Ridha Abbas (Abu Mazen)

Mandato: 15 enero 2005 - En ejercicio

Nacimiento: Safad (Zefat), Galilea, distrito Septentrional (Mehoz HaZafon) , 26 marzo 1935

Partido político: Fatah/OLP

Editado por: [Roberto Ortiz de Zárate](#)

Presentación

Dirigente histórico de la OLP y Fatah, donde encarnó el ala posibilista y civil, Mahmoud Abbas, alias *Abu Mazen*, fue durante tres décadas un respetado organizador e interlocutor del movimiento palestino, antes de convertirse en 2003 en el primer jefe de Gobierno de la Autoridad Nacional Palestina. En 2004 sucedió al fallecido Yasser Arafat como presidente de la OLP y la ANP, pero su liderazgo, carente del carisma de Arafat, no tardó en ser puesto a dura prueba. Aunque negoció la desactivación de la *Segunda Intifada*, las expectativas de paz se vieron frustradas por la escasa voluntad negociadora de Israel, mientras continuaba la colonización judía, y por el radicalismo antiisraelí del movimiento Hamás. En 2006 Abbas encajó la victoria electoral del partido islamista, con el que probó a gobernar en coalición para detener unos enfrentamientos que desembocaron en una

guerra civil interpalestina y en la pérdida por Fatah de Gaza en 2007. Posteriormente, Abbas consiguió restablecer la ayuda internacional a su Gobierno de Cisjordania, pero la virtual defunción del proceso de paz por la intransigencia israelí, que ha pospone sine día la articulación efectiva del Estado de Palestina, ha debilitado su posición.

(Texto actualizado hasta enero 2010)

– Biografía

1. Pragmático dirigente de la OLP y negociador de los Acuerdos de Oslo
2. Factótum y primer ministro de Arafat en la primera década de la autonomía palestina
3. La azarosa sucesión en el liderazgo palestino
4. Confirmación en las elecciones presidenciales y expectativas de paz con Israel
5. Sucesión de fracasos diplomáticos y políticos; guerra con Hamás y partición de la ANP
6. Reconocimiento internacional, amago de dimisión e impotencia frente a Israel

1. Pragmático dirigente de la OLP y negociador de los Acuerdos de Oslo

A la edad de 13 años, con el estallido de la primera guerra árabe-israelí, se trasladó con su familia desde su Safad natal, una población del nordeste de Galilea situada entre la frontera de Líbano y el lago Tiberíades, que había sido adjudicada al Estado judío en el plan de partición de Palestina aprobado por la ONU en 1947, hasta la vecina Siria, donde los Abbas se establecieron en calidad de refugiados como otros miles de palestinos. El muchacho creció y se educó en este país de acogida, ejerció de maestro de escuela primaria y luego obtuvo una diplomatura en Derecho por la Universidad de Damasco.

Ya en los años setenta amplió con una beca su formación en la URSS, en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad Estatal de Moscú, por la que en 1982 obtuvo el doctorado con una muy polémica tesis que exploraba los supuestos contactos secretos entre el movimiento sionista y la Alemania nazi, en los que, según Abbas, el primero habría sido nada menos que cómplice silente del Holocausto perpetrado por la segunda. El trabajo doctoral se publicó con el título de *The Other Side: The Secret Relationship Between Nazism and the Zionist Movement*, un libro que dio que hablar en la década siguiente. A finales de los años cincuenta se trasladó a Qatar, monarquía del golfo Pérsico que entonces estaba bajo tutela británica, y se empleó como responsable de personal en el servicio civil qatarí. Allí colaboró en la organización de grupos del exilio palestinos y entró en contacto con Al Fatah, partido nacionalista palestino constituido en 1959 por **Yasser Arafat**, Jalil al-Wazir y Salah Jalaf con un programa de lucha armada revolucionaria contra el Estado de Israel, cuyo derecho a existir le negaba.

El ingreso de Abbas en Al Fatah se produjo en 1965, al poco de emprender sus acciones guerrilleras antiisraelíes el brazo armado del partido, y, tal como habían hecho los tres dirigentes citados, adoptó un *nom de guerre* compuesto con la partícula *abu*, que significa *padre de*, aunque fuera de este significado político la fórmula es un sobrenombre tradicional árabe que toman los cabezas de familia cuando tienen a su primer hijo varón. En su caso, el alias elegido fue *Abu Mazen*, ya que el primogénito de sus tres vástagos, nacido en 1960, tenido con su esposa Amina se llamaba Mazen Abbas (el cual, dicho sea de paso, iba a fallecer prematuramente de un ataque al corazón en Qatar en junio de 2002); el segundo de sus hijos, Yasser Abbas (futuro hombre de negocios, y muy próspero, afincado en Canadá), fue llamado así en honor a Arafat.

Como les sucedió a Jalil al-Wazir y Salah Jalaf, conocidos mundialmente por sus sobrenombres de Abu Jihad y Abu Iyad, en el futuro Abbas iba a aparecer registrado en las crónicas palestinas con el nombre de

Abu Mazen. En 1968 Abbas secundó a Arafat en la decisión de integrar a Fatah en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), la entidad que fungía como un gobierno palestino en el exilio, y aunque formó parte del primer Comité Central de Fatah y se integró en el Consejo Nacional Palestino (CNP) en su cuarto período de sesiones en el mismo 1968, tardó unos años en destacarse en el liderazgo palestino, que desde 1967 tenía sus reales instalados en Jordania.

Hombre de trabajo interno, dedicado a labores organizativas, proselitistas y de tesorería del partido, Abbas fue uno de los dirigentes de inobjetable competencia eclipsados por las jefaturas militares de Arafat y sus lugartenientes Abu Jihad y Abu Iyad, responsables los tres de las partidas de *fedayin* que hacían incursiones guerrilleras contra Israel desde los países árabes vecinos y, ya en años setenta, de operaciones terroristas contra intereses israelíes en diversos lugares del mundo, siendo la más conocida el asalto a la villa olímpica donde se alojaban los atletas israelíes durante los Juegos de Munich de 1972. Por ejemplo, se hace constar que a mediados de la década, cuando la OLP y Arafat tenían su cuartel general en Beirut, Abbas residía en Damasco, en la retaguardia del conflicto palestino.

El no estar involucrado en la primera línea de la lucha de la OLP, fusil en mano, privó a Abbas de la popularidad de la que gozaban líderes tan carismáticos como los antes citados, pero seguramente le libró también de ser un blanco prioritario tanto de la *guerra sucia* o contraterrorismo israelí, que liquidó a Abu Jihad en abril de 1988, como de las insidias fratricidas de las agrupaciones palestinas extremistas, que en la década de los ochenta intentaron destruir a Fatah y que en enero de 1991 mataron a su vez a Abu Iyad, por citar sólo las víctimas más perínclitas de ambas violencias. Arafat sobrevivió a los dos frentes de enemistad, aunque intentos de eliminarle no faltaron. Precisamente, Abbas reemplazó al asesinado Abu Jihad al frente de la oficina de Territorios Ocupados y desde la misma trabajó positivamente para el mantenimiento de los contactos entre el aparato de la OLP en el exilio, los representantes de los más de tres millones de refugiados palestinos que vivían en la diáspora, y el millón y medio largo de palestinos de Cisjordania y Gaza.

Dirigente pragmático, tímido para lo acostumbrado en una región donde los líderes se daban baños de masas populares, y remiso a incurrir en los excesos retóricos y belicistas caros al liderazgo palestino, Abbas fue uno de los pioneros en la extensión de puentes de diálogo con Israel a mediados de los años setenta, cuando la OLP empezó a asumir que un Estado propio en Palestina no podía sino convivir con el Estado judío. Donde Abbas sí expresó una posición dura fue en el doloroso tema de los refugiados, condición que padecían la gran mayoría de los palestinos tras las sucesivas guerras árabes-israelíes, cuyo retorno a su legítimo hogar consideraba indispensable antes de abordar un hipotético *modus vivendi* con los israelíes.

Contactado siempre por canales discretos, los interlocutores israelíes de Abbas eran miembros de movimientos pacifistas y de partidos de izquierda que sostenían la necesidad de arreglar la cuestión de los palestinos, cuyos derechos nacionales les parecían insoslayables, por la vía negociada, lo que tendría que pasar necesariamente por la devolución de los territorios árabes ocupados en la guerra de los Seis Días, en 1967. En 1980 Abbas fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de la OLP (CEOLP) y en 1984, ya desde el nuevo cuartel general en Túnez, se hizo cargo de su Departamento de Relaciones Nacionales (es decir, Árabes) e Internacionales, oficina en la que consolidó su perfil diplomático.

Los esfuerzos de Abbas empezaron a dar frutos, y a resultar decisivos para la consecución de las aspiraciones nacionales palestinas, después de la proclamación en noviembre de 1988 por el XIX CNP reunido en Argel del Estado de Palestina, aceptación hecha de las resoluciones 181, 242 y 338 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, lo que llevaba implícito el reconocimiento del Estado de Israel. En 1989, mientras la *Intifada* o levantamiento popular palestino seguía su violento curso en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza, Abbas emprendió conversaciones secretas con oficiales israelíes bajo auspicio holandés, y posteriormente coordinó entre bambalinas todo el trabajo diplomático que desembocó en la histórica Conferencia de Madrid del 30 de octubre al 1 de noviembre de 1991, la cual puso en marcha el proceso de paz en Oriente Próximo.

En tanto que cabeza de delegación en las conversaciones secretas palestino-israelíes de Oslo, a las que se tuvo de recurrir por atascarse las negociaciones oficiales y por regir -hasta enero de 1993- una prohibición legal israelí de todo contacto directo y público entre ciudadanos de este país y palestinos no israelíes, Abbas está considerado el verdadero arquitecto por la parte palestina del denominado proceso de Oslo. El 30 de agosto de 1993 saltó la noticia de que las dos partes habían ultimado en la capital noruega una Declaración de Principios sobre los Acuerdos del Autogobierno Interino. El documento, equivalente de hecho a un tratado de paz, contenía el recíproco reconocimiento de la OLP y el Estado de Israel, y contemplaba la institución de un poder palestino autónomo y provisional, de cinco años de duración, en los territorios ocupados de Gaza y la cisjordana Jericó.

Abbas, en calidad de portavoz del Departamento de Asuntos Exteriores de la OLP, y **Shimon Peres**, ministro de Exteriores israelí, fueron los encargados de firmar la Declaración en Washington el 13 de septiembre de 1993, si bien el protagonismo del evento recayó en Arafat y el primer ministro Yitzhak Rabin, quienes simbolizaron la superación de cinco décadas de hostilidades mediante un dramático apretón de manos ante el presidente **Bill Clinton**. Tras los acuerdos de Oslo, Abbas fue nombrado jefe del Departamento de Negociaciones de la OLP y como tal lideró las negociaciones que produjeron resultados en los meses siguientes, fundamentalmente el Acuerdo Gaza-Jericó (I), firmado por Arafat y Rabin en El Cairo el 4 de mayo de 1994, el cual inicializó la autonomía, y el Acuerdo interino de Taba, también llamado de Oslo II, adoptado en dicho balneario egipcio el 24 de septiembre de 1995 y firmado en Washington cuatro días después, que extendió la autonomía al resto de núcleos urbanos de Cisjordania y que definió tres zonas en el conjunto del territorio con distintos niveles de autogobierno y control palestinos.

2. Factórum y primer ministro de Arafat en la primera década de la autonomía palestina

Abbas rehusó ocupar un puesto ministerial en la Autoridad Ejecutiva del Consejo, o Gobierno, de la flamante Autoridad Nacional Palestina (ANP), que inició su andadura en Jericó el 5 de julio de 1994, y hasta julio de 1995 no retornó a Palestina al cabo de 47 años en el exilio, fijando su residencia en Gaza y luego en Ramallah. Fue después de publicar, en diciembre de 1994, el libro *Through Secret Channels: The Road to Oslo*, donde hacía capítulo de su reciente experiencia como alto negociador de la paz y la autonomía. Más allá de su rol político en la OLP, Abbas volvió a encargarse personalmente de las negociaciones con Israel en marzo de 1995, sustituyendo a Nabil Shaath.

Una postura chocante de Abbas, que iba contra la verdad histórica, aunque no comprometió su imagen de moderado, la exponía en su primer libro, el ya citado *The Other Side: The Secret Relationship Between Nazism and the Zionist Movement*. Cuando el ensayo fue publicado en 1983, pasó desapercibido. Pero en enero de 1995, con motivo del quincuagésimo aniversario de la liberación del campo de exterminio de Auschwitz, la polémica estuvo servida al sacar a colación el Centro Simon Wiesenthal ciertas afirmaciones heterodoxas hechas en el libro, como que "nadie puede confirmar ni negar la cifra pregonada por el rumor de que seis millones de judíos estuvieron entre las víctimas del nazismo" y que "las víctimas judías pudieron ser seis millones o bastantes menos, incluso menos de un millón".

En honor de la verdad, Abbas también decía en su libro que "la controversia sobre la cifra no puede minimizar de ninguna manera el crimen atroz cometido contra los judíos". Entrevistado en enero de 1995 por un periódico israelí, el dirigente palestino intentó justificarse y apaciguar a las víctimas del Holocausto, lógicamente enfadadas, con unas explicaciones que volvieron a elevar muchas cejas. Según él, cuando escribió el texto hacía trece años "nosotros estábamos en guerra con Israel"; sin embargo, "ahora estamos en paz", así que "hoy no haría ese tipo de comentarios".

También en 1995, Abbas elaboró con Yossi Beilin, dirigente del laborismo israelí y uno de los negociadores clave del proceso de Oslo, un polémico borrador confidencial cuya existencia no fue reconocida por sus

artífices hasta un lustro después, el cual debía haber servido de marco para la conclusión de las negociaciones sobre la dotación de un Estado palestino con capitalidad en Jerusalén. Este plan jamás implementado proponía la división de Jerusalén y su gestión compartida por israelíes y palestinos, mientras que los Santos Lugares en la parte oriental pasarían a tener un estatus especial. Luego de dirigir la Comisión Electoral Central que organizó los primeros comicios al Consejo Nacional (Legislativo) y a la Presidencia de la Autoridad Ejecutiva del Consejo, el 19 y el 20 de enero, en las que obtuvo el acta de diputado por Qalqilya, Abbas fue elegido el 23 de mayo de 1996 secretario general del CEOLP y de hecho quedó confirmado como *número dos* de la organización y *delfín* extraoficial de Arafat.

El 5 de mayo de 1996 Abbas encabezó la parte palestina en la primera sesión, en Taba, de las negociaciones sobre la tercera fase del proceso de paz, las que debían decidir el "estatus permanente", esto es, todo lo relacionado con la personalidad jurídica definitiva de la entidad palestina, el estatuto territorial de Jerusalén oriental, la definición de las fronteras externas, la seguridad bilateral, las relaciones de cooperación, y la situación de los refugiados palestinos en el exterior y de los colonos judíos en el interior. Pero todo el proceso empezó a malograrse por la actitud obstruccionista, si no de abierto boicot, desplegada por el nuevo gobierno derechista israelí de **Binyamin Netanyahu** a los Acuerdos de Oslo II, por el deterioro de la seguridad y las condiciones de vida en los territorios palestinos autónomos y ocupados, y por las asechanzas terroristas de las organizaciones islamistas palestinas, que asesinaron a muchas decenas de civiles israelíes en brutales atentados indiscriminados.

Sin ostentar puesto alguno en el organigrama del autogobierno, Abbas fungía de hecho como el ministro de Exteriores de la ANP y su cercanía e influencia sobre Arafat eran sobradamente reconocidos. Esta posición política descollante, más su identificación como el gran organizador del aparato de Fatah/OLP, a su vez renuente a introducir reformas internas en una organización fogueada en las luchas de resistencia y habituada a trabajar en una atmósfera de autoritarismo y opaca en la toma de decisiones, no libraron a Abbas de verse salpicado por los escándalos de 1997 y 1998, cuando destacadas personalidades de la resistencia civil en los territorios y miembros de la Autoridad Ejecutiva dimitieron luego de denunciar la corrupción, la incuria financiera y el favoritismo que emanaban del entorno de Arafat. Por otro lado, su imagen de burócrata distante, de intelectual con gustos literarios y de interlocutor posibilista bien valorado por los israelíes, impedía que Abbas fuera un líder especialmente popular en la calle.

Los sucesivos incumplimientos por los gobiernos israelíes presididos por Netanyahu y el laborista **Ehud Barak** de las previsiones contenidas en los acuerdos ya firmados y de los nuevos memorandos y acuerdos destinados a implementar los anteriores, y la prosecución de la colonización judía de Cisjordania, junto con la incapacidad de Arafat de poner orden y concierto en sus filas, terminaron por envenenar el ambiente, hasta producirse el estallido del 29 de septiembre de 2000, cuando la población civil palestina chocó con las fuerzas de seguridad israelíes en la disputada Explanada de las Mezquitas, en la Ciudad Antigua de Jerusalén oriental, y dio comienzo la *segunda intifada*.

En adelante, una cadena de desastres se enseñoreó de Palestina: colapso del proceso de paz; bárbara ofensiva terrorista de las organizaciones palestinas radicales (inclusive las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa, emanadas de Fatah) contra ciudades israelíes y colonias judías; terrorismo de Estado judío con la práctica de asesinatos selectivos de personalidades palestinas involucradas en la violencia a modo de represalia por los atentados; destrucción sistemática por el Ejército israelí de medios e infraestructuras de la ANP al socaire del combate antiterrorista; invasiones de las ciudades cisjordanas, bombardeos contra los campos de refugiados y, en definitiva, una espiral de violencia y desafíos a la comunidad internacional que alcanzó su paroxismo en marzo y abril de 2002 con el acorralamiento de Arafat en su cuartel de Ramallah por los tanques israelíes y la masacre de un número incierto pero elevado de palestinos en Jenín.

En los meses siguientes, se acentuó la pugna en el seno del Consejo de la ANP entre la vieja guardia continuista leal a Arafat y los sectores que demandaban nuevas elecciones legislativas y la puesta en

marcha de una serie de reformas políticas de calado en la administración y el Gobierno. El debate se agudizó cuando desde fuera, Estados Unidos vino a respaldar el argumento del nuevo primer ministro israelí, **Ariel Sharon**, de que la ANP era responsable, por acción o por omisión, del terrorismo antiisraelí, y la Unión Europea (UE), aun condenando el belicismo destructor de Sharon, convino en que sin profundas transformaciones en la cúpula del poder palestino no podría empezar a considerarse la resurrección del diálogo político y el proceso de paz.

El futuro de Arafat al frente del movimiento palestino se tornó más incierto luego de que el presidente estadounidense **George Bush**, el 24 de junio de 2002, condicionara el futuro Estado palestino al apartamiento de Arafat de las estructuras del mando militar y político. La UE rechazó que Arafat fuera un interlocutor prescindible, pero, como los países árabes moderados, fue receptiva a la idea de relegarle a una presidencia simbólica de la ANP y de concentrar el poder ejecutivo real en un primer ministro, cargo que debería crearse ex profeso.

Las instancias internacionales implicadas en la cuestión de Palestina insistían en la necesidad de separar las organizaciones políticas partidistas y las instituciones autonómicas provisionales, y de crear un gobierno más eficiente a través de la desconcentración y el equilibrio de poderes, una serie de aspectos fundamentales en cualquier Estado o protoestado digno de llamarse constitucional y democrático. La cuestión se convirtió en un envite formal a la ANP con la divulgación del denominado *Mapa de Ruta*, también llamado *Hoja de Ruta*, un plan de tres etapas para el establecimiento de un Estado palestino a finales de 2005 sobre la base del principio de *paz por territorios*.

La fase primera del plan elaborado y divulgado el 17 de septiembre de 2002 por el *Cuarteto*, esto es, Estados Unidos, la UE, Rusia y la ONU, incidía en la superación de la situación de violencia y en la reordenación de las instituciones de la ANP, lo que pasaba por la dotación de un marco constitucional, con vigencia del imperio de la ley y un sistema de democracia parlamentaria, y solicitaba la celebración de elecciones y la creación de la figura del primer ministro dotado de amplias atribuciones; en una segunda fase, entre junio y diciembre de 2003, habría de convocarse una conferencia internacional de paz para Oriente Próximo (a la que serían invitados sirios y libaneses, instados igualmente a alcanzar sus respectivos tratados de paz con Israel) y crearse un "Estado palestino independiente con fronteras provisionales y atributos de soberanía"; en la tercera fase, desde principios de 2004, una segunda conferencia internacional de paz abriría un proceso de consolidación de lo logrado y de negociaciones palestino-israelíes sobre el "estatus permanente", ambigua expresión que, como en el fenecido proceso de Oslo de 1993-2000, era el cajón de sastre retardatorio de todo lo verdaderamente sustancial en el inacabable conflicto de Palestina.

Pero todo esto, además, sólo sobre el papel, ya que, de entrada, el Gobierno de Sharon planteó tantas y tan radicales enmiendas a la Hoja de Ruta que en la práctica lo refutaba. Más aún, los últimos meses de 2002 y el arranque de 2003 conocieron la continuación inmisericorde del terrorismo palestino y los desmanes militares israelíes. En septiembre de 2002 Arafat fue sometido a otro asedio destructor en Ramallah y entonces dio la sensación de que los israelíes pretendían, si no matarle, al menos obligarle a rendirse y a exiliarse.

Abbas se mantuvo en un discreto segundo plano en todo este período de inercia bélica y de ausencia de negociaciones formales. Trascendió que en enero de 2003, antes de las elecciones generales israelíes del día 28 y con la aprobación de Arafat, sostuvo un encuentro secreto con Sharon en Jerusalén en el que se abordó la extensión del futuro Estado palestino provisional. Se trataba de un encuentro de características similares al realizado hacía justamente un año. Ahora, Abbas entendía que dicha entidad no podía ser viable con menos del 65% de la superficie de Cisjordania y sin una red de carreteras uniendo las numerosas manchas de leopardo en que en realidad iba a consistir, además de demandar una fórmula de cogobierno jordano-palestino para Jerusalén oriental. Sharon habló de otorgar el 53% de territorio cisjordano y de un lento proceso de repliegue militar de las áreas ocupadas a lo largo de una década; en cuanto a Jerusalén, el

líder israelí zanjó que no era objeto de negociación.

Abbas empezó a aparecer en las quinielas del posible sucesor de Arafat junto con veteranos de relieve como **Ahmad Qureia**, más conocido como Abu Ala, presidente del Consejo Legislativo y en excelentes relaciones con Abbas. Al mismo tiempo, Abbas pidió a todas las fracciones palestinas, incluidos los movimientos islamistas radicales Hamás y Jihad Islámica, que "desmilitarizaran" la intifada y que la revuelta popular se desarrollara por cauces no violentos. Por lo que respecta a Arafat, su actitud inicial fue no querer plegarse a este esquema de desprendimiento de poderes y de relegación del liderazgo palestino.

Sometido a fortísimas presiones internas y externas, el veterano dirigente dio su brazo a torcer en marzo de 2003, luego de constituir con dificultades el nuevo Gabinete y de desconvocar las elecciones legislativas que tocaban celebrar en enero, alegando los obstáculos infranqueables de las ocupaciones y los ataques israelíes. El 6 de ese mes, tal como se esperaba, el presidente palestino propuso al CEOLP la candidatura de Abbas para el puesto de primer ministro de la ANP y el interesado expresó su conformidad de principio, pero se reservó el emitir una aceptación definitiva hasta conocer su elenco de competencias respaldadas por ley. Inmediatamente después, el Consejo Central de la OLP, el cuerpo legislativo de la organización, dio luz verde a la reforma de la Ley Fundamental palestina para crear la figura del primer ministro con poder ejecutivo y a que fuera Abbas el primer ocupante de ese puesto, tal que el 8 de marzo Arafat designó a su viejo colaborador.

Quedaba por conocer el rango de atribuciones del primer ministro, cuya sanción legal correspondía al Consejo Legislativo de la ANP, si bien la decisión política concernía a los protagonistas de esta trascendental e histórica mudanza en la jefatura palestina, y todo indicaba que, tras varios días de negociaciones, Arafat y Abbas ya habían pactado lo esencial del reparto de funciones. El 10 de marzo, el Consejo Legislativo, reunido en Ramallah -aunque algunos de sus miembros participaron desde Gaza- aprobó por 64 votos a favor, 3 en contra y 4 abstenciones la enmienda de la Ley Fundamental de la ANP sobre la introducción del cargo de primer ministro y su rango de atribuciones.

Éstas consistían en plenos poderes en la política interior, con control exclusivo sobre los ámbitos del Gobierno y la Administración civiles, la seguridad interior y el orden público, amén de la potestad de nombrar y destituir a los ministros. Arafat se aseguró el mando supremo de las fuerzas no policiales implicadas en la salvaguardia de la "seguridad nacional" (léase, las fuerzas armadas directamente relacionadas con la intifada) en tanto que cabeza del "liderazgo palestino", y la última palabra en la política exterior de la ANP, inclusive en un eventual proceso de diálogo y negociaciones con Israel. Puesto que era la OLP y no la ANP la responsable de las negociaciones de paz, Arafat y Abbas, este último como jefe del Departamento específico de la OLP, continuaban dirigiendo dicha área al margen de las transformaciones en el sistema del autogobierno. Claro que esta reserva del ascendiente de Arafat en dos áreas clave provocó algunas decepciones en Estados Unidos e Israel.

No obstante haber salido mejor parado de lo previsto en la transacción, ya que el sistema de Gobierno que se configuraba era de tipo mixto, con áreas decisivas en manos del presidente, y él no iba a quedar como una figura simbólica o decorativa en la ANP (además de que sus jefaturas sobre la OLP y Fatah ni siquiera se ponían en tela de juicio), Arafat presentó varias impugnaciones al instrumento legal reclamando su derecho a suspender al primer ministro, a vetar a cada uno de los miembros del Gabinete, a establecer el orden del día del Consejo de Ministros y, en definitiva, a seguir controlando el Ejecutivo palestino.

La mayoría de los diputados, por 49 votos contra 22, rechazó el 17 de marzo todas estas pretensiones a excepción de la primera. Ventilada esta última porfía, el 19 de marzo Arafat nombró oficialmente a Abbas y éste, luego de expresar su conformidad con la reforma legal que le atañía, entró inmediatamente en funciones. Abbas había alcanzado la jefatura del Gobierno de la ANP entre duros forcejeos y con una misión tan prioritaria como complicada, por no decir cuasi imposible: convencer a los grupos radicales, sin obligarles

por la fuerza (fuerza que, de todas formas, a pesar del elenco nominal de atribuciones, él no poseía), para que renunciaran a lo que ellos llamaban "legítimos actos de resistencia contra el ocupante" y que para el resto del mundo era terrorismo puro y duro.

Entonces, nadie quería dejarse vencer por el pesimismo más negro, y en las semanas siguientes se prefirió no reconocer que el Gobierno de Abbas comenzaba con el estrechísimo margen de maniobra que le dejaban tres hipotecas fundamentales, a saber: las maniobras y regateos de Arafat, que no se resistía a perder peso en las decisiones de la Autoridad Ejecutiva de la ANP; la impunidad con que siguieron perpetrando sus atentados las milicias de Hamás, la Jihad Islámica y las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa; y la actitud despreciativa del Gobierno Sharon, que no cesó de alimentar tampoco la espiral de ataques, represalias y contrarrepresalias, y que reactivó su política de asesinatos selectivos.

El 29 de abril, después de que Abbas y Arafat solventaran su enésima pugna en un sentido favorable al primero, gracias a las presiones de fuera sobre el segundo, por el control de la cartera clave de Interior, que asumió personalmente Abbas mientras que favorito del *rais*, el coronel Mohammad Dahlán, era nombrado ministro delegado para la Seguridad, el Consejo Legislativo confirmó el gabinete por 51 votos a favor, 18 en contra y tres abstenciones. En el discurso de investidura de su gobierno en Ramallah, Abbas declaró que no había una "solución militar al conflicto palestino" y expresó su compromiso de terminar con el "caos de las armas", luchando contra el terrorismo, controlando a las milicias y confiscando las armas ilegales.

Ésta era la señal que la impaciente comunidad internacional estaba esperando, así que el 30 de abril el Cuarteto presentó oficialmente el plan de la Hoja de Ruta a Sharon y Abbas. El 17 de mayo, después de que el Ejército israelí asesinara a 14 palestinos en una operación antiterrorista contra Hamás en Gaza (1 de mayo) y de que, a pesar de lo prometido por el Gobierno al secretario de Estado de Estados Unidos, **Colin Powell**, no se había aflojado la tenaza militar sobre la franja, Abbas y Sharon sostuvieron su primera entrevista oficial en Jerusalén. El encuentro de más alto nivel entre responsables de las dos partes desde el estallido de la intifada hacía 32 meses, a pesar de que no produjo absolutamente nada, fue saludado como la "reanudación del diálogo palestino-israelí". En las 48 horas siguientes, las organizaciones extremistas palestinas estuvieron muy ocupadas en reventar cualquier posibilidad de distensión cometiendo cuatro atentados suicidas que costaron la vida a siete israelíes.

El 29 de mayo, los dos dirigentes se encontraron de nuevo en Jerusalén occidental y esta vez sí asomaron resultados concretos en forma de medidas de distensión prometidas por Sharon, fundamentalmente reducciones de presencia militar en Cisjordania y Gaza y la excarcelación de un centenar de presos palestinos. El 3 de junio, el primer ministro palestino fue invitado a una minicumbre árabe en el balneario egipcio de Sharm el-Sheikh en la que participaron el presidente del país anfitrión, **Hosni Mubarak**, el rey de Jordania, **Abdallah II**, el príncipe heredero saudí, **Abdullah Al Saud**, y el rey de Bahrein, **Hamad Al Khalifah**, los cuales, ante Bush, se comprometieron a combatir el terrorismo y a apoyar la Hoja de Ruta como fórmula idónea para poner término al conflicto entre israelíes y palestinos.

Al día siguiente, 4 de junio, Abbas celebró una cumbre tripartita con Bush y Sharon en Aqaba, Jordania, y allí los dos primeros ministros formularon compromisos específicos: el palestino, a luchar de manera efectiva, "empleando todos nuestros esfuerzos", contra el terrorismo practicado por los radicales, y el israelí, a desmantelar asentamientos de colonos en Cisjordania, liberar prisioneros y aliviar el cerco sobre las ciudades de la ANP. De vuelta a casa, Hamás, la Jihad Islámica y las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa acusaron a Abbas de haber claudicado ante los israelíes, por asumir implícitamente su tesis de que toda resistencia armada no era sino terrorismo y por ofrecer el final de la intifada sin denunciar los padecimientos del pueblo palestino ni sus reivindicaciones principales, a saber, el retorno de los refugiados y la capitalidad del futuro Estado en Jerusalén oriental, así como la situación de encierro en que se encontraba Arafat en el complejo de la Mukataa, en Ramallah. Por todo ello, resolvieron ignorar las órdenes de Abbas y proseguir con sus acciones armadas.

De nuevo, y no sería la última vez, Abbas vio cómo aquellos que tenían las armas en ambos lados le segaban la hierba a sus pies. En los días siguientes, siempre con la justificación de la venganza por la afrenta previa, prolongando la macabra cadena de réplicas y contrarréplicas en cuyo origen estaría una hipotética *provocación inicial* que no se sabía quién la había hecho y cuándo, la violencia con regusto a boicot a cualquier salida negociada campó por sus respetos, empujando al atribulado primer ministro a lanzar una urgente y patética petición de ayuda al Cuarteto y en particular a Estados Unidos.

El 8 de junio, un comando conjunto atacó el puesto fronterizo de Erez en Gaza y mató a cuatro soldados y un colono israelíes; el 10 de junio, helicópteros israelíes intentaron matar en Gaza al principal dirigente político y portavoz de Hamás, Abdelaziz Rantisi, conocido por su línea dura, quien salvó la vida con heridas, pero no así dos peatones; el 11 de junio, un suicida palestino se hizo volar en un autobús en Jerusalén, asesinando a 16 ciudadanos israelíes, y, como reacción fulminante, helicópteros israelíes dispararon sus misiles en Gaza con el resultado de dos jefes de Hamás y cinco civiles muertos.

Cuando el espasmo de violencia remitió, Abbas consiguió reanudar sus mesas de diálogo, con el Gobierno israelí por un lado y con Hamás y sus aliados por el otro, para intentar aplicar la Hoja de Ruta. El alto el fuego de los radicales era una condición sine qua non, y aquí la perseverancia de primer ministro tuvo un fruto no por precario menos meritorio, ya que el 27 de junio los tres grupos radicales palestinos anunciaron una tregua de tres meses, efectiva desde el 29 de junio y susceptible de ser renovada si Israel ofrecía una serie de contrapartidas: el final de los asesinatos selectivos; el repliegue de sus tropas a las líneas previas al comienzo de la intifada el 29 de septiembre de 2000; liberaciones sustanciales de presos -muchos de los cuales se encontraban recluidos, sin cargos ni sentencias judiciales, en campos de internamiento en el Neguev- y en particular de una serie de dirigentes; y, el levantamiento efectivo de los asedios y el toque de queda decretados sobre la población palestina.

El primer alto el fuego en 33 meses de intifada favoreció una tímida retirada militar judía de algunos puntos de la ANP y estimuló los contactos con Israel, pero incluso antes de llegar a su ecuador ya empezó a tambalearse, poniendo a Abbas, la viva estampa de la impotencia, contra las cuerdas. El 8 de julio el primer ministro anunció la dimisión como miembro del Comité Central de Fatah y amenazó con hacer lo mismo en el Gobierno si continuaba recibiendo críticas desde su partido, donde se le acusaba de hacer reiteradas concesiones a los israelíes sin recibir a cambio nada asible. La resignación no le fue aceptada y días después acordó con Arafat una componenda para cerrar la crisis interna.

El Gobierno Sharon, donde las posturas extremistas de derecha ganaban terreno, hacía de la Hoja de Ruta una interpretación tan cicatera y reticente que la desvirtuaba por completo, y en cuanto a los radicales palestinos, se aprestaron a golpear tan pronto como observaron una violación de sus condiciones por parte del enemigo. Unos y otros pusieron en peligro el alto el fuego y para comienzos de agosto volvió por sus fueros la dinámica implacable de las provocaciones, presentadas por cada parte como legítima lucha contra el terrorismo agazapado o como venganza por los ataques recibidos y legítima resistencia a la ocupación.

Israel, en particular, regresó sin rebozo a los asesinatos selectivos, no avanzó en la excarcelación de prisioneros palestinos más allá de unas pocas decenas, paralizó el levantamiento de los controles militares sobre las poblaciones de la ANP y continuó edificando el polémico *muro de seguridad*, vasta construcción comenzada el 16 de junio de 2002, con una longitud total prevista de 350 km, cuya primera fase discurría a lo largo del límite septentrional de Cisjordania, desde la ribera del Jordán hasta la ciudad de Qalqilya; concebida para taponar la entrada en Israel de los terroristas suicidas, la valla militarizada agravaba la inviabilidad económica y la desconexión de los territorios de la ANP, y al erigirse dentro de las fronteras internacionales de 1967, amparaba la anexión de hecho por Israel de porciones sustanciales de Cisjordania, de entrada todos los terrenos confiscados para las obras, presentándose ante la población palestina que ya la estaba padeciendo como un trazado unilateral de fronteras.

El 19 de agosto el alto el fuego recibió un golpe mortal con el brutal atentado suicida contra un autobús lleno de judíos ortodoxos cerca de Jerusalén, que dejó 22 muertos y más de cien heridos; dos días después, Israel rehusó dar tiempo a Abbas para demostrar su capacidad de arrestar a cabecillas de las organizaciones extremistas involucrados en los atentados y no se privó de matar al líder de Hamás en Gaza, Ismail Abu Shahab, a la sazón considerado uno de los mas moderados de la organización y abogado del alto el fuego ahora destruido.

En estas circunstancias, la suerte política de Abbas estaba echada. El 6 de septiembre, después de exigir en vano al Consejo Legislativo plenos poderes para unificar bajo su mando los diversos órganos de seguridad de la ANP y dismantelar las estructuras terroristas de las organizaciones extremistas, el primer ministro hizo realidad su enésima amenaza de dimitir, horas antes en que Israel intentara asesinar en Gaza al líder espiritual de Hamás, el jeque Ahmad Yassín. Terminada en un estrepitoso fracaso la fórmula de Abbas, en la OLP/Fatah no quedaba otra alternativa de peso más que Ahmad Qureia, que partía con el poso de legitimidad de poseer un mandato electivo y que parecía más acomodaticio a los designios de Arafat.

Así, el 7 de septiembre el presidente palestino designó a Qureia primer ministro con el visto bueno del CEOLP y tres días después éste aceptó el cometido, pero puso como condición que el Cuarteto abandonara su diletantismo, tan inicuo para la gestión de Abbas, y le diera garantías "prácticas, no retóricas" de que el proceso de paz era viable y de que Israel iba a adoptar una actitud constructiva. Al Gobierno Sharon, Qureia le demandó el final de la campaña de asesinatos de líderes radicales, el levantamiento del estado de sitio impuesto a las áreas autónomas y el relajo del confinamiento físico y el acoso mediático que sufría Arafat, todo a cambio de un "un verdadero acuerdo de alto el fuego", en vez de la tregua unilateral tan laboriosamente arrancada por Abbas en junio, amén de la reactivación de la Hoja de Ruta.

Abbas se mantuvo en el puesto con carácter provisional hasta el 5 de octubre, cuando Arafat, obligado por el dramático deterioro de la situación (el Gobierno israelí había aprobado ya un plan para deportarlo fuera de Palestina y se reservaba el momento de llevarlo a la práctica, e incluso algunos ministros estaban hablando de asesinarle), decretó el nombramiento y la toma de posesión automática de Qureia al frente de un gabinete de emergencia. A lo largo del último tramo de 2003 y los tres primeros trimestres de 2004, el ejecutivo de Qureia enfrentó las mismas, si no agravadas, dificultades de caos y desgobierno que habían atribulado a Abbas, quien retrocedió un paso en la primera línea del protagonismo palestino, aunque continuó siendo un personaje omnipresente gracias a sus puestos cimeros en Fatah y la OLP.

3. La azarosa sucesión en el liderazgo palestino

Fueron unos meses en los que el inexorable declive físico de Arafat, con su cohorte de rumores sobre la gravedad de su estado y de atribuciones de mil y un enfermedades, más la sensación de impotencia y desamparo frente a los hechos consumados y las decisiones unilaterales de los israelíes (prosecución de la construcción del *muro de seguridad* a pesar del fallo favorable a los palestinos del Tribunal Internacional de La Haya; anuncio por Sharon de un *Plan de Desconexión* de Gaza ligado a la irrevocabilidad de la colonización de Cisjordania; asesinatos extrajudiciales del jeque Yassín y de Rantisi, seguidos de amenazas directas a Arafat de que podría ser el siguiente en la lista negra; tres operaciones militares a gran escala contra los campos de refugiados de Gaza, con el resultado de 240 palestinos muertos), conformaron una deprimente atmósfera de fin de época en la ANP.

La semiderruida Mukataa, que los tanques y excavadoras israelíes podían terminar de echar abajo en cualquier momento con sólo recibir la orden pertinente, se convirtió en un recinto dominado por el secretismo y unas intrigas de carácter decididamente sucesorio. El secretario general del CEOLP tomó posiciones descollantes en la etapa de consultas ininterrumpidas abierta por el liderazgo palestino a partir del 27 de octubre de 2004, cuando la ANP anunció que Arafat había experimentado una súbita recaída de sus

dolencias, que no fueron esclarecidas a gusto de todos. El objetivo de estas reuniones y contactos, que incluyeron a los partidos islamistas y radicales laicos, era asegurar una transición pacífica, impedir que la noticia de la muerte de Arafat generara un estallido de violencia en los territorios autónomos y ocupados, y mantener las inevitables luchas por el poder entre las diversas familias políticas dentro de unos cauces estrictamente democráticos. La tarea se presentaba hartamente complicada, ya que las escaramuzas entre la vieja guardia tunecina, conspicuamente representada por Abbas, y las nuevas generaciones de dirigentes ya habían comenzado.

Los clanes más jóvenes liderados por el coronel Dahlán, no obstante estar considerado un oficial de la confianza de Abbas, querían abrir un proceso aperturista, mientras que desde su celda de prisionero en Israel, Marwan Barghouti, dirigente de Fatah y líder del Tanzim, la milicia popular del partido, quien se encontraba encarcelado desde abril de 2002 por liderar la intifada en Cisjordania y que era conocido también por condicionar la paz con Israel a la desocupación y la descolonización íntegras de los territorios, se perfilaba como el principal rival del secretario del CEOLP. Abbas no pasaba de ser un candidato oficioso para disputar las elecciones presidenciales que, de acuerdo con la Ley Fundamental de la ANP, tendrían que convocarse en caso de vacancia en la Presidencia de la Autoridad Ejecutiva del Consejo.

Arafat fue transferido en helicóptero a un hospital próximo a París el 29 de octubre con un parte médico que se limitaba a consignar una extraña anomalía en la sangre. El 3 de noviembre, el rais fue ingresado en la unidad de cuidados intensivos sin conocerse aún la misteriosa enfermedad que estaba agotando su vida. Entretanto, en la Mukataa de Ramallah, y rodeados de una atmósfera sofocante calentada por los rumores de que Arafat podría haber sido envenenado por los israelíes, Abbas y los miembros del CEOLP se afanaban en articular una fórmula de dirección colegiada y un "consenso nacional" del que debían ser partícipes Hamás y la Jihad.

Con Arafat en estado de coma, se difundió la especie de que el rais desde el lecho de muerte, había transmitido a su esposa Suha y a su primo y embajador ante la ONU, Nasser al-Qudwa, un testamento político consistente en la designación como su sucesor al veterano Farouq al-Qaddumi, en ese momento jefe de la oficina política de la OLP y residente en Túnez, quien nunca había querido viajar a Palestina por oponerse a los Acuerdos de Oslo, luego un político intransigente con Israel. Todo indicaba que se estaba librando una liza por el poder entre los posibilistas moderados Abbas, Qureia y, circunstancialmente, Dahlán, por un lado, y Qaddumi y Barghouti, es decir, los defensores del ideario prístino de la organización, por el otro. Abbas debía sentirse intranquilo, ya que Arafat siempre se había negado a legitimarle como *delfín* de nada y una desautorización expresa en estos momentos podría resultar muy lesiva para sus aspiraciones sucesorias, que nadie dudaba que tuviera.

El 8 de noviembre, el conocimiento de que Suha había entregado el día anterior a Dahlán una carta cuyo contenido se desconocía, pero que bien podría contener aquella supuesta última voluntad de Arafat, precipitó el anuncio del viaje a París de Abbas, Qureia, Rauhi Fattouh, el presidente del Consejo Legislativo, y Shaath, el ministro de Exteriores, que querían comprobar por sí mismos el estado en que se hallaba el rais y qué se estaba cocinando en el hospital militar Percy. Suha intervino al punto y, rompiendo su mutismo de años, realizó unas explosivas aunque baldías declaraciones a la televisión qatarí Al Jazeera en las que llamaba al pueblo palestino a "ser consciente" de que la dirección palestina estaba "conspirando para enterrar vivo" a su esposo.

En un primer momento, el secretario general de la OLP y el primer ministro, dando la sensación de formar un tándem bien conjuntado y más ahora en estos momentos de crisis, decidieron suspender el desplazamiento, pero luego se lo volvieron a pensar y el mismo día 8 por la tarde partieron a la capital francesa. En París, donde fueron recibidos por el presidente **Jacques Chirac**, Abbas y Qureia se enteraron de que Suha, que controlaba el severo régimen de visitas al moribundo, no quería verles aparecer por Percy. El 9 de noviembre, esta polémica fue acallada por la confirmación de que Arafat, tras sufrir una hemorragia cerebral,

estaba sumido en un coma profundo e irreversible. El óbito se produjo dos días después y de inmediato se activaron los mecanismos sucesorios y los operativos logísticos concertados en los últimos días y horas por los gobiernos de la ANP, Francia, Israel y Egipto.

Con arreglo a la Ley Fundamental, Fattouh prestó juramento en una sesión especial del Consejo Legislativo como presidente en funciones de la ANP; su primera decisión iba a ser convocar elecciones presidenciales, a celebrar en el plazo de 60 días. Abbas se hizo cargo de la presidencia del CEOLP sin ningún tipo de provisionalidad. El 12 de noviembre, el principal favorito para presidir la ANP mostró a las claras que era el nuevo hombre fuerte de la autonomía y que encabezaba la nueva estructura del poder palestino al ocupar el lugar más preeminente durante el funeral de Arafat en El Cairo, al que siguió el tumultuoso entierro en Ramallah, en un hipogeo excavado a toda prisa en la plaza exterior de la Mukataa.

El 14 de noviembre, sin embargo, la transición a la era post-Arafat amenazó con teñirse de sangre cuando decenas de milicianos armados irrumpieron en una ceremonia fúnebre en memoria del líder desaparecido que Abbas y otras autoridades celebraban en una tienda de lona levantada cerca de las ruinas del palacio presidencial de Gaza. Los agresores, profiriendo gritos en favor de Arafat, empezaron a efectuar disparos y amagaron con atacar contra Abbas y Dahlán, pero el servicio de seguridad hizo de barrera y el aparente intento de magnicidio se saldó con dos muertos, un guardaespaldas y un agente de la guardia presidencial Fuerza 17. Tanto Abbas como Dahlán se apresuraron a restar trascendencia al tiroteo, como si allí no se hubieran producido víctimas mortales. El candidato presidencial in pectore del oficialismo, que tuvo que tirarse al suelo durante la refriega, aseguró que el turbador incidente no tenía "ninguna dimensión política o personal" y que simplemente se trataba de "fricciones entre hombres armados" que habían "disparado al aire".

Imperturbable, Abbas continuó adelante con su proyecto electoral. El 15 de noviembre, al cabo de arduas negociaciones con sus dirigentes, consiguió que la Jihad Islámica y las Brigadas de los Mártires de Al Aqsa declararan una tregua parcial de dos meses, tiempo en el que las organizaciones se abstendrían de cometer atentados en el interior de Israel contra población civil, aunque se reservaban el "derecho" a efectuar ataques contra los soldados en las zonas ocupadas. Abbas, bajo ningún concepto quería ser elegido presidente de la ANP a los sones de las explosiones provocadas por los kamikazes palestinos en los restaurantes o las paradas de autobuses de Israel. Sin embargo, Hamás, la principal organización terrorista, que seguramente todavía rumiaba la manera de materializar el "terremoto" y el "volcán de venganza" con que había amenazado a Israel por los asesinatos de Yassín y Rantisi, rehusó comprometerse a nada y además consiguió que la Jihad y las Brigadas confirmaran su boicot a las elecciones presidenciales del 9 de enero de 2005, entre otras razones, porque Fatah y el CEOLP no querían saber nada de hacerlas coincidir con unas legislativas.

Una vez obtenida la proclamación de su candidatura por el Comité Central de Fatah, el 22 de noviembre, y una precaria pacificación de las pendencias que mantenían, gatillo en mano, los distintos caudillos de los aparatos de seguridad de la ANP, Abbas se concentró en perfilar su programa electoral y en robarle potenciales votantes, que podían ser insospechadamente numerosos, al 23 años más joven Barghouti, considerado por muchos el verdadero heredero natural de Arafat y quien, con el respaldo de una parte de Fatah, sobre todo de la militancia joven, inscribió su postulación presidencial como independiente, sin importarle su condición de reo de la justicia israelí con cinco cadenas perpetuas a sus espaldas.

4. Confirmación en las elecciones presidenciales y expectativas de paz con Israel

Queriendo granjearse la simpatía de la calle palestina, donde era percibido en el mejor de los casos como un político bonancible y honesto pero sin dotes de líder y en el peor como un hombre débil y derrotista proclive a someterse la voluntad de Estados Unidos e Israel, y, al mismo tiempo, salvaguardar su relativamente buena prensa entre los gobernantes de aquellos dos países, los cuales sostenían la tesis de que Arafat había sido

la raíz de todos los problemas y que ahora, tras su muerte, se abría un horizonte de negociaciones y pacificación, Abbas elaboró un discurso alambicado y un tanto paradójico.

Así, a sus paisanos, ya fueran los diputados del Consejo Legislativo, militantes facciosos o el pueblo llano formado por trabajadores y refugiados, les prometió que no iba a dejar de esgrimir ninguna de las exigencias planteadas por Arafat para firmar una paz estable y duradera con Israel. Las metas irrenunciables seguían siendo el establecimiento de un Estado palestino independiente con capital en Jerusalén oriental y el ejercicio del derecho de retorno de los refugiados. El 4 de enero, como reacción por la muerte de siete palestinos, seis de ellos miembros de una misma familia y de los que cinco eran niños, por el disparo de un tanque israelí contra una supuesta célula de Hamás en Beit Lahiya, norte de Gaza -origen de recientes ataques con granadas de mortero contra los asentamientos de colonos en la franja-, el cabeza de la OLP arremetió contra el "enemigo sionista" que había vuelto a causar "mártires" entre el pueblo. Y el 7 de enero, en el cierre de la campaña, afirmó vehemente: "Al Qods [Jerusalén] nos pertenece. Nos comprometemos a crear el Estado de Palestina, con Jerusalén como capital (...) Marcharemos hacia Al Qods por millones, como hombres libres".

Sin embargo, cuando tuvo delante una audiencia europea o estadounidense, Abbas dijo cosas como que la segunda intifada, llamada por los palestinos intifada de Al Aqsa, con la perspectiva que daban los más de cuatro años transcurridos desde su estallido, había sido negativa y errónea porque "el legítimo derecho del pueblo para expresar su rechazo a la ocupación por medios populares y sociales" había sido engullido por una dinámica armada y violenta. Abbas quería poner término a una intifada militarizada y que cesaran todas las formas de violencia para facilitar una negociación con Israel sobre la base de la Hoja de Ruta, que por el momento no era más que papel mojado. Sus exhortaciones a Hamás volvieron a caer en saco roto: la organización islamista, así como la Jihad y las Brigadas, se reafirmaron en su decisión de continuar su lucha "en términos militares" y como "respuesta legítima a la ocupación". Las perspectivas de victoria de Abbas fueron despejadas de cualquier sombra de duda el 12 de diciembre, cuando Barghouti, cediendo a las presiones de su partido, retiró su candidatura en aras de la unidad.

El 9 de enero de 2005 los pronósticos acertaron y Abbas fue elegido segundo presidente de la ANP con el 62,5% de los votos (501.448 papeletas), quedando el nivel de participación, según la Comisión Electoral Central (CEC), en torno al 70%, aunque estimaciones posteriores corrigieron esa cifra a la baja. Mustafa Barghouti, primo de Marwan y que concurría como independiente con el apoyo del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), obtuvo un meritorio 19,5%. Otros cinco candidatos, tres independientes y los dos presentados por el Frente Democrático para la Liberación de Palestina (FDLP) y el Partido Popular Palestino (PPP), se repartieron el 10,8% restante de los votos válidos.

Los perdedores se quejaron de que la decisión tomada por la CEC después de abrirse las urnas de prolongar la jornada electoral durante dos horas y de permitir ejercer el derecho al voto a personas que no aparecían registradas en los padrones electorales pero que sí constaban en el registro civil -a su vez, lastrado por la inexistencia de un censo de población mínimamente actualizado- había beneficiado sobre todo al candidato de Fatah. Los denunciadores acusaron al oficialismo de violar la independencia de la autoridad electoral al forzar un cambio de las reglas del juego sobre la marcha, ante la constatación de que los niveles de participación eran insatisfactorios, máxime al no haber quedado completado el proceso previo del registro de los electores. Si el índice de participación se calculaba en función del padrón civil en lugar del electoral, se sacaba en claro que los votantes reales habían representado sólo el 43% de los potenciales, lo que era lo mismo que decir que Abbas había merecido el respaldo de la cuarta parte del electorado. Otra irregularidad fue que la tinta estampada en el dedo de los votantes para impedir el voto múltiple resultó ser cualquier cosa menos indeleble.

Polémicas sobre el procedimiento y sospechas de posibles fraudes de poca entidad aparte, los resultados electorales fueron acogidos con diversas muestras de satisfacción, incluso de euforia, por los líderes internacionales, que se habían aferrado a la noción de que la consagración de Abbas como el sucesor de

Arafat con un buen manto de legitimidad popular iba a posibilitar el retorno de las partes a la mesa de negociaciones y la resurrección del proceso de paz fenecido a finales de 2000.

El análisis no dejaba de ser simplista o tendencioso, ya que suponía descargar en el dirigente palestino la mayor responsabilidad del éxito o el fracaso de un proceso que hasta ahora había sido maleado impunemente por Israel, siempre con el pretexto, convincente sólo hasta cierto punto, del terrorismo indiscriminado de que era objeto por los radicales palestinos. El presidente Bush felicitó a Abbas, le invitó a departir con él en la Casa Blanca y prometió ayuda para abordar "las tareas que tiene por delante", como "combatir el terrorismo y la corrupción", y con el fin de que los palestinos "desarrollen las instituciones necesarias para que se convierta en realidad la visión que tiene Abu Mazen de un Estado pacífico, activo y vibrante". El Gobierno israelí, que había permitido a Abbas hacer campaña en Gaza -fue el único candidato que pudo hacerlo, privilegio que sus contrincantes consideraron una muestra del favoritismo de Sharon-, le recordó que su obligación era erradicar el terrorismo planificado y ejecutado por activistas que eran sus teóricos gobernados. El primer ministro del Likud se mostró listo para sostener una cumbre con él.

Hasta la toma de posesión, realizada en la Mukataa de Ramallah el 15 de enero, y en el curso de la misma, Abbas se mostró posibilista y conciliador con los israelíes. Su oferta de paz ("les extendemos nuestra mano") demandaba, eso sí, terminar con "los asesinatos, el asedio de nuestras ciudades, los arrestos, las confiscaciones de tierras, y la construcción de asentamientos y del muro". La Hoja de Ruta seguía siendo el instrumento imprescindible para lograr la paz. La respuesta israelí fue precisamente la contraria. El 14 de enero, como castigo por el asesinato en la víspera de seis soldados en el puesto fronterizo de Karni, en Gaza, ataque que fue cometido por un comando de Hamás en abierto desafío al llamamiento de Abbas, Sharon ordenó paralizar los contactos con la ANP y, de paso, cerrar y aislar toda Gaza, que quedó privada de víveres y suministros.

El 21 de enero, 3.000 agentes de la Policía de la ANP empezaron a desplegarse a lo largo de la frontera norte de Gaza para impedir el lanzamiento por las milicias de misiles artesanales e incursiones terrestres contra posiciones israelíes. La acción satisfizo a Sharon, que ordenó reanudar los contactos políticos de inmediato.

5. Sucesión de fracasos diplomáticos y políticos; guerra con Hamás y partición de la ANP

(Epígrafe en previsión)

6. Reconocimiento internacional, amago de dimisión e impotencia frente a Israel

(Epígrafe en previsión)

(Cobertura informativa hasta 1/2/2005)